

Un insulto que hiera profundamente



¡Es un perdedor! ¡Eres un perdedor! Entre todos los insultos hirientes que pronunciamos sin pensar, este en particular es quizás el más hiriente y dañino. Debe ser prohibido en nuestro discurso público y suprimido de nuestro vocabulario.

Hemos recorrido un largo camino al prohibir cierto lenguaje en nuestro discurso público. La mayoría de los términos que prohibimos tienen que ver con frases peyorativas que se refieren a la raza, género o discapacidad de alguien. Prohibirlos categóricamente en nuestra lengua hace tiempo que debería haberse hecho y no puede descartarse como una simple corrección política. Es una cuestión de corrección, simple y llanamente, de justicia, de caridad, de decencia humana fundamental. El lenguaje es una economía que a menudo también es injusta. Afirma injustamente a unos y calumnia indebidamente a otros. Tenemos que tener cuidado con él. El lenguaje puede dejar una profunda cicatriz en los demás, incluso cuando nos mantiene inconscientemente encerrados dentro de estereotipos negativos que dejan nuestras mentes y nuestros corazones teñidos por el racismo, la intolerancia y la misoginia.

Pero los insultos raciales, de género y de discapacidad no son los únicos insultos que cortan, hieren y marcan a otros. Por terribles que sean, los insultados por ellos tienen el consuelo de saber que el insulto se dirige a colectivos de millones (o, en el caso del género, a miles de millones) de individuos. ¡Hay consuelo en los números! Ser insultado junto con millones o miles de millones de individuos también

duele, pero estás acompañado.

Sin embargo, hay calumnias, insultos, que son más brutalmente singulares y cruelmente personales, que pretenden avergonzar las insuficiencias privadas de uno. Con tal calumnia ya no estás acompañado, ahora eres solo uno. El término "perdedor" es un insulto. Su objetivo es avergonzar a una persona de una manera muy singular e hiriente. Cuando te llaman "perdedor", no se te señala y avergüenza porque perteneces a un cierto grupo, raza, género o tipo de personas. Se te avergüenza porque tú - solo tú, singularmente, personalmente - eres juzgado como quien no está a la altura, como indigno de respeto, y de plena aceptación. Se te juzga como inferior con una inferioridad de la que no se puede culpar a nadie excepto a ti mismo. ¡Eres considerado un perdedor! ¡Y estás solo en eso!

Este tipo de vergüenza no es nuevo. Siempre ha sido así. Ciertas personas siempre han sido rechazadas, avergonzadas y condenadas al ostracismo. Tenemos este curioso defecto humano que nos hace creer que para ser felices no basta con sentirse aceptados, sino además alguien tiene que ser excluido.

En los tiempos bíblicos, las personas que tenían lepra eran excluidas de la sociedad, y condenadas a vivir en regiones fuera de la vida normal, y a gritar "impuras" cada vez que alguien se les acercaba. Pero tenían razones legítimas para poner a estas personas fuera del círculo de la vida normal. La lepra contenía el peligro del contagio. Hoy, sin ningún tipo de legitimidad, seguimos calificando a ciertas personas de "leprosos", de incapaces de vivir en los círculos de la vida normal. Los clasificamos como "perdedores" y los condenamos a la periferia. Son los nuevos leprosos.

Abundan los ejemplos de esto, pero tal vez lo vemos más claramente en nuestras escuelas secundarias donde siempre hay un grupo que es popular, un grupo "in" que dicta el ethos, decide lo que es aceptable, y se constituye en el centro de la comunidad, aunque no sean mayoría. La mayoría de los estudiantes están fuera de ese círculo más exclusivo de popularidad, al borde de él, tratando de lograr una aceptación total, no totalmente "dentro" y no completamente "fuera". Pero siempre hay otro conjunto, los que son vistos como "perdedores", los que no están a la altura de las circunstancias, no merecedores de pleno estatus y reconocimiento. A este grupo no se le da permiso para pertenecer plenamente. Todo círculo humano tiene esa categoría de personas.

Hay una miríada de razones complejas, muchas de ellas relacionadas con la salud mental, que pueden ayudar a explicar por qué, a veces, trágicamente, un muchacho de escuela secundaria toma un arma, entra a su escuela y dispara a sus compañeros de clase. Pero es difícil no darse cuenta de que, casi siempre, es un joven que ha sido considerado un "solitario", un perdedor. No podemos culpar a sus compañeros inmediatos y a sus compañeros de clase por considerarlo así, sin importar cuán consciente o inconscientemente se haga esto. Sus compañeros de clase son víctimas, no sólo de la enfermedad y la rabia de este joven, sino también de una sociedad que ayuda ciegamente a producir este tipo de enfermedad y rabia.

No soy padre, pero si lo fuera, trataría con toda la autoridad moral que poseo como padre de que mis hijos purguen su vocabulario de insultos raciales, de género y de discapacidad. Pero yo también usaría todo esa autoridad y persuasión que tuviera para que eliminaran de su vocabulario de palabras peyorativas que hieren a otras personas en su singularidad. La palabra "perdedor" estaría prohibida en mi casa.

Tanto la sociedad como la iglesia son casas. Gracias a Dios, en las últimas décadas hemos prohibido el uso de palabras que menosprecian a otra persona por su raza, género o discapacidad. ¡Es hora de que prohibamos otros insultos dentro de casa!

Ron Rolheiser

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/un-insulto-que-hiere-profundamente